

TRAYECTORIAS DE VIDA DE TRABAJADORAS DOMÉSTICAS. ¿ES POSIBLE UNA MOVILIDAD SOCIAL ASCENDENTE?

Fernanda Corral, Ludmila Mercado, Eugenia Peiretti, Valentina Saenz

Estudiantes de Sociología, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNCuyo.

mfercorral@gmail.com, ludmila.mercado@yahoo.com.ar, meugeniapeiretti@gmail.com, vale_saenz@hotmail.com

Resumen:

La presente investigación, de carácter exploratorio, pretende abordar la situación de las trabajadoras domésticas en el Gran Mendoza en el año 2013. Buscando comprender la problemática en su complejidad, tendremos en cuenta que ésta es una ocupación feminizada en extremo, ya que prácticamente la totalidad de quienes realizan esta actividad son mujeres. Además es necesario tener en cuenta que se trata de mujeres pertenecientes a clases trabajadoras, de bajo nivel educativo y con escasos recursos económicos.

En este marco, rescatamos las trayectorias educativas, laborales y familiares de un grupo de trabajadoras domésticas delineando sus expectativas y posibilidades de movilidad social ascendente. Para ello, utilizamos por un lado, información procesada por la Dirección General de Estudios y Estadísticas Laborales (DGE y EL –SSPT y EL- MTE y SS) en base a datos relevados por la Encuesta Permanente de Hogares (EPH – INDEC) en los principales aglomerados urbanos del país y además datos recopilados por la Dirección de Estadísticas e Investigaciones Económicas (DEIE) en Mendoza. Por otro lado, desde un enfoque cualitativo, realizamos 8 entrevistas semi-estructuradas a trabajadoras del sector para tener un acercamiento a las subjetividades de dichas mujeres.

Palabras clave: Trabajadoras domésticas, Movilidad social, Trayectoria familiar, Trayectoria educativa, Trayectoria laboral.

INTRODUCCIÓN

Esta investigación pretende abordar la temática de las expectativas de movilidad social ascendente en trabajadoras domésticas en el Gran Mendoza, centrándonos en el año 2013.

El trabajo doméstico es una labor altamente precarizada, lo que puede incidir en las posibilidades de movilidad social. En este marco nos planteamos como objetivo general conocer las expectativas de movilidad social en mujeres que trabajan como empleadas domésticas en el Gran Mendoza. Es por esto que en primer lugar creemos necesaria la caracterización de la situación laboral actual de las trabajadoras domésticas en la provincia. En segundo lugar, buscamos conocer de qué manera influye el nivel educativo alcanzado en la expectativa de movilidad ascendente. También consideramos necesario conocer la trayectoria laboral familiar de las empleadas domésticas y las implicancias de esta sobre su propia trayectoria laboral. Y por último, pretendemos detectar los factores que contribuyen a alentar expectativas de ascenso y los que las desalientan, desde la perspectiva de las mujeres.

MARCO TEÓRICO

Para desarrollar el tema de las expectativas de movilidad social de las trabajadoras domésticas, es imprescindible definir qué se entiende por movilidad social intergeneracional. Para Kessler y Spinoza (2007), la medida más simple de movilidad es el porcentaje de aquellos que cambian o mantienen su posición respecto a un punto de referencia anterior. Pero esta medida es limitada: no informa sobre la distancia recorrida y no diferencia la movilidad estructural de la individual. La movilidad intergeneracional suele analizarse comparando el trabajo actual del sujeto en cuestión y la ocupación más típica de sus padres (271). Esta comparación es interesante ya que refleja las oportunidades disponibles para los sujetos de una sociedad y responden tanto a las condiciones objetivas del mercado laboral como a sus decisiones individuales.

En este marco, para comprender el fenómeno de la movilidad social en las trabajadoras domésticas, es necesario que nos introduzcamos en la problemática del empleo doméstico. Lo primero que vamos a tener en cuenta es que en el trabajo doméstico se encarnan múltiples desigualdades. Como señala Jiménez Tostón (2001), dentro de la jerarquía social las trabajadoras del servicio doméstico se encuentran en los estratos más bajos, ya sea por su

condición de mujer, de migrante -interna o internacional-, de indígena, de extranjera, de pobre o de alguna combinación de dichas categorías.

En el sistema patriarcal y capitalista actual, donde subsiste la división sexual del trabajo, las mujeres son educadas desde su infancia para realizar tareas domésticas y de cuidado. Dichas tareas al no ser remuneradas, ni poseer un valor de cambio, permanecen como un "trabajo invisible" circunscrito al espacio privado de la intimidad del hogar. La falta de reconocimiento de las tareas domésticas, deriva de la misma subvaloración del trabajo de las mujeres (Herrero, 2011). Así, el único requisito para ingresar al mercado laboral del trabajo doméstico, es poner en práctica tareas ya aprendidas durante la infancia en el seno de sus propias familias.

Las mujeres pertenecientes a las clases medias y altas, que también tienen tradicionalmente asignadas las responsabilidades familiares, pueden delegar muchas de esas tareas a otras mujeres, en su mayoría inmigrantes o de bajos recursos. Como expone Jiménez Tostón (2003), en este contexto la solidaridad de género desaparece reafirmandose las desigualdades de clase. Esta división de tareas entre mujeres establece entre ellas una relación jerárquica, respecto a la cual el hombre se sitúa por encima, en tanto no se considera responsable de lo doméstico.

Las trabajadoras domésticas constituyen un sector muy vulnerable; están expuestas a múltiples abusos tales como: precariedad, irregularidad, bajos salarios, desprotección y hasta abusos sexuales por parte de sus empleadores.

Un factor importante en el servicio doméstico es el fenómeno de la migración, tanto interna como internacional, ya que un gran volumen de estas trabajadoras se traslada para ofrecer estos servicios en mercados más desarrollados. En Argentina, según datos de la EPH, para el año 2004, el 41,3% de las trabajadoras domésticas era migrante. Sin embargo, se reconoce que este es un dato poco preciso ya que muchas migrantes son indocumentadas. En Argentina, la mayoría de las trabajadoras domésticas extranjeras provienen de países limítrofes, tales como Paraguay, Bolivia, Perú y Chile.

Además, en muchos países latinoamericanos, el empobrecimiento del campo llevó a que muchas mujeres, sobre todo las de baja instrucción, se plantearan migrar a zonas urbanas con mayores oportunidades de trabajo. Pero, como dice Jiménez Tostón (2001), como la urbanización en América Latina no se vio acompañada de un fuerte proceso de industrialización que generara suficientes empleos, la mayoría se vio abocada a trabajar en el servicio doméstico

y la venta ambulante. Como explica la autora (2001), la condición de migrantes marca las relaciones laborales, ya que muchas de ellas al tener que trabajar “puertas adentro”, sufren el aislamiento, la falta de apoyo emocional de sus familias y en la mayoría de los casos por su temprana edad, establecen una relación personal con las familias empleadoras.

El trabajo doméstico extra-familiar constituye en la mayoría de los casos una estrategia de supervivencia, las mujeres deben salir a trabajar porque son jefas de hogar, madres solteras o simplemente porque sus cónyuges perciben bajos ingresos. Para Herrero (2006), en general, las empleadas viven su condición de domésticas como transitoria, para ellas se trata más de una estrategia de supervivencia, que de un trabajo en sí. Además, la imposibilidad de vislumbrar un progreso mediante el trabajo domestico, la escasa movilidad o bien la movilidad únicamente horizontal que permite, resulta desalentador para ellas, por lo que siempre esperan encontrar un trabajo mejor. Estos son rasgos que obstaculizan la posibilidad de sostener la identidad a partir del trabajo que realizan, a diferencia de otros trabajadores asalariados. Lo que interesa entonces, es investigar cómo se organizan los recursos limitados en relación a procurar algunas bases y condiciones de ascenso social de ellas y/o de sus hijos, o al menos uno de ellos.

METODOLOGÍA

Para obtener el perfil sociodemográfico de las empleadas domésticas utilizamos los datos cuantitativos aportados por la Dirección General de Estudios y Estadísticas Laborales (DGE y EL- SSPT y EL- MTE y SS) en base a datos relevados por la Encuesta Permanente de Hogares (EPH – INDEC) en los principales aglomerados urbanos del país, durante el cuarto trimestre de 2004. A su vez, para obtener datos específicos sobre la situación en Mendoza, y más actuales, recurrimos a la información suministrada por la Dirección de Estadísticas e Investigaciones Económicas (DEIE).

Por otro lado, para obtener una aproximación a la subjetividad de las trabajadoras domésticas elaboramos una muestra intencional de 8 mujeres residentes en el Gran Mendoza pertenecientes al rubro. A quienes les realizamos entrevistas semi-estructuradas, como metodología cualitativa, tendientes a relevar los datos necesarios para alcanzar los objetivos de nuestra investigación. Nuestras informantes son mujeres adultas de entre 43 y 65 años, que trabajan por hora y con retiro de la vivienda. Seis de ellas poseen entre 2 y 4 hijos, los otros

dos casos poseen uno y ningún hijo. Todas están actualmente conviviendo con sus parejas, a excepción de un caso de viudez y otro de divorcio.

RESULTADOS DE LA INVESTIGACIÓN

Descripción del perfil sociodemográfico y condiciones laborales de las trabajadoras.

Partimos de una descripción del perfil sociodemográfico de las trabajadoras del sector para lo cual hemos utilizado la información procesada por la Dirección General de Estudios y Estadísticas Laborales (DGE y EL-SSPT y EL- MTE y SS) en base a datos relevados por la Encuesta Permanente de Hogares (EPH – INDEC) en los principales aglomerados urbanos del país, durante el cuarto trimestre de 2004.

En primer lugar, cabe destacar que el empleo doméstico es una ocupación feminizada en extremo. Prácticamente la totalidad de quienes realizan esta actividad son mujeres. En Mendoza para el segundo semestre del 2006, el 95,8% de personas que realizan trabajo domestico remunerado eran mujeres, contra el 5,2% de hombres.

Dentro del empleo femenino, las empleadas domésticas representan al 17,2% del total de mujeres ocupadas de todo el país. Expandiendo los valores indicados al total de la población urbana se puede estimar que para la fecha indicada las trabajadoras en el servicio doméstico eran aproximadamente 911 mil. (Subsecretaría de Programación Técnica y Estudios Laborales, 2004).

En nuestro país, más de la mitad de los trabajadores del servicio doméstico reside en el Área Metropolitana y cerca del 50% de este conjunto trabajan en la Capital Federal. Sin embargo, es en el norte del país (tanto en la Región Noreste como Noroeste) donde el servicio doméstico tiene una mayor relevancia dentro del empleo femenino total (con un 31,7% y un 25,9% sobre el total de asalariadas, respectivamente). La región de Cuyo agrupa al 6,5%, que representa al 23,7% del servicio doméstico sobre el total de las asalariadas. En cambio, la región con una presencia menor del servicio doméstico es la Patagónica, donde un 16,9% de las asalariadas trabajan en este sector.

Si bien es una ocupación frecuente entre las mujeres que se incorporan como nuevas trabajadoras el mercado de trabajo, advertimos el empleo doméstico registra una estructura etaria relativamente envejecida, en comparación con el resto de los empleos asalariados de

mujeres. En esa dirección, se destaca la subrepresentación de las mujeres de 25 a 34 años, edades que agrupan al 19,7% de las empleadas domésticas en contraposición al 33% en el resto de las asalariadas. En cambio, entre las ocupadas del servicio doméstico, aquellas que cuentan con 55 años y más representan el 19,6%, mientras que para el resto de las ocupaciones el porcentaje se reduce al 10,8%. El peso menor de las mujeres jóvenes, podría relacionarse con que éstas deben hacerse cargo del cuidado de sus niños en edad pre-escolar, debido a los altos costos para contratar servicios privados para el cuidado de los mismos. Esta estructura etaria relativamente envejecida expresa, sin embargo, la distribución dominante en las regiones centrales del país, mientras que en el NEA, el NOA y la Región Patagónica, es significativamente mayor el peso de las mujeres jóvenes y, particularmente en el caso del NEA, el de las jóvenes de entre 14 y 19 años de edad.

Otro dato a tener en cuenta, es la posición que ocupan las empleadas domésticas dentro de su hogar. En gran parte son jefas de hogar (33,3%), aunque también es relevante la proporción de cónyuges (43,5%) y se reduce, en una medida importante, la proporción de hijos.

Respecto a la educación escolar, las empleadas domésticas poseen un nivel de instrucción más bajo que el resto de las asalariadas. Como se muestra en la siguiente tabla:

Cuadro N°1: Distribución de la población femenina asalariada según nivel educativo.

| Nivel de Educación | Serv. Domestico | Resto de Asalariadas | Total |
|---|------------------------|-----------------------------|---------------|
| Total | 100,0% | 100,0% | 100,0% |
| Hasta primaria incompleta | 16,9% | 4,6% | 7,1% |
| Primaria completa y secundaria incompleta | 62,9% | 28,0% | 35,0% |
| Secundaria completa y terciaria/universitaria incompleta | 18,1% | 39,5% | 35,2% |
| Terciaria/universitaria completa | 2,1% | 27,9% | 22,7% |

Fuente: DGEyEL-SSPTyEL con datos de la Encuesta Permanente de Hogares – EPH . IV-Trim-2004. Total de aglomerados relevados.

Podemos observar que quienes alcanzaron como máximo el nivel “secundario incompleto”, agrupan al 80% del total, mientras que para el resto de las asalariadas el porcentaje disminuye al 32,6%. Igualmente no es irrelevante la existencia de un 20% de trabajadoras del servicio

doméstico que cuentan con niveles de educación superiores. Asimismo, es importante destacar que dentro de la población asalariada femenina de hasta “secundaria incompleta” el 45% se encuentra ocupada en el servicio doméstico.

Por último, respecto al peso de la migración, se observa que para el año 2004, el 41,3% de las trabajadoras del servicio doméstico es migrante: un 28,7% proviene de otra provincia y un 12,6% proviene de otro país. Asimismo, el peso de las migrantes es menor en las cohortes más jóvenes, lo que implica que el aporte migratorio a la fuerza del trabajo del sector que pudo tener relevancia con anterioridad estaría perdiendo significación en la actualidad.

En Argentina la mayoría de los ocupados del servicio doméstico trabaja para un solo empleador, el 79,2% lo hace en una sola casa, un 73,1% con retiro de la vivienda y apenas el 6,1% sin retiro de la vivienda. A su vez, también existe un 12,3% de trabajadores del servicio doméstico que tienen dos empleadores, mientras que la realización de tareas para tres o más hogares es relativamente marginal: un 8,5% del total.

No se presentan grandes diferencias en cuanto a las modalidades que asume el servicio doméstico en las diferentes regiones, aunque Cuyo es la segunda región donde se percibe una presencia mayor la modalidad “sin retiro”, donde alcanza el 9,1 % del total, la primera en importancia es la región del Noroeste, donde representa un 13,5% del total.

Asimismo, en todas las regiones se advierte que es minoritaria la proporción de ocupadas que trabajan para más de un empleador. Pero en el marco de nuestra investigación, resulta relevante, que justamente es la Región de Cuyo la que presenta un porcentaje mayor de ocupadas en más de un domicilio (24,4%), como afirmarán nuestras informantes.

Otra característica a tener en cuenta de esta ocupación, en la actualidad, es la duración relativamente reducida de la jornada laboral tanto en términos de horas como de días trabajados. En efecto, el trabajo a tiempo parcial es una modalidad muy difundida en las formas de contratación del servicio doméstico, en el país, durante el cuarto trimestre de 2004, el 69,4% de las ocupadas del sector trabajó menos de 35 horas semanales, mientras que para el resto de las asalariadas mujeres, la jornada reducida agrupa al 50,3%.

Para tener una comprensión lo más completa posible sobre las condiciones laborales en las que se desarrolla el trabajo doméstico, es indispensable tener en cuenta los porcentajes de registración del mismo en la provincia de Mendoza. Para lo que adjuntamos el siguiente cuadro,

en el que los números hablan por sí solos: el trabajo doméstico no registrado alcanza el 90,7% del total para el primer semestre del 2012.

Cuadro N°2: Empleados del servicio doméstico según registración, para el año 2011 y el primer semestre del 2012, Mendoza.

| Registración | 2011 1° Semestre | | 2011 2° Semestre | | 2012 1° Semestre | |
|--------------------|---------------------|--------|---------------------|--------|---------------------|--------|
| | Personas | % | Personas | % | Personas | % |
| Servicio doméstico | 26.475 | 100,0% | 27.756 | 100,0% | 25.794 | 100,0% |
| Registrados | 2.677 | 10,1% | 3.389 | 12,2% | 2.392 | 9,3% |
| No registrados | 23.798 | 89,9% | 24.367 | 87,8% | 23.402 | 90,7% |

Fuente: DEIE (elaboración propia)

Trayectorias Educativas y Movilidad Social.

Al analizar el nivel educativo de nuestras entrevistadas, podemos ver que la mayor parte de ellas sólo alcanzó un nivel primario o secundario incompleto. Queda en evidencia que las mujeres relacionan su condición de empleadas domésticas con su propia deserción escolar. En nuestras entrevistadas, el abandono escolar se vincula a diferentes circunstancias, que comúnmente son propias de las clases trabajadoras. Muchas veces el abandono temprano de los estudios se debe principalmente a la necesidad de trabajar para solventar gastos del hogar. Así, las mujeres de bajos recursos optan por la inserción en el mercado de trabajo doméstico, donde además de significar un trabajo “seguro” en cuanto al ingreso inmediato, solo deben poner en práctica lo aprendido en sus hogares por el hecho de ser mujeres, sin que se requieran otros estudios. Como nos comentó Alicia: “... (Cursé) hasta segundo año. (...) en ese entonces yo tenía 15 años. Lo dejé porque empecé a trabajar, (...) me convenía más ir a trabajar que ir a estudiar, porque se necesitaba en mi casa, porque éramos muchos, porque mi papá era operado del corazón, porque había que pagar alquiler, había que pagar luz, había que comer.”

Otro motivo por el cual se abandona el estudio es la falta de contención y apoyo familiar para superar dificultades que se presentan durante la etapa escolar. María nos contó: “...llegué hasta

cuarto año de la secundaria (...) se puso muy difícil... y lo abandoné. (...) pero es por falta de constancia, de interés, de motivación. Por eso seguí el servicio doméstico.” Finalmente, otro de los motivos que vemos en nuestras entrevistas es, que por diferentes coyunturas familiares, estas mujeres deben hacerse cargo de tareas domésticas dentro de su hogar, desplazando la importancia de los estudios. Tal es el caso de Teresa: “...hasta tercer grado llegué porque falleció mi mamá, y tenía que cuidar a mis hermanos porque eran más chiquitos, yo era la más grande.”

Cualquiera haya sido el motivo del abandono de los estudios, podemos ver que estas mujeres lo vinculan con la necesidad de trabajar y con la imposibilidad de ejercer otro tipo de trabajo que no sea el doméstico. Como nos dijo Blanca: *“Tenía 18 años (...) no me pudieron hacer estudiar, entonces bueno, listo, me vine.”* También María nos dijo: *“Por eso seguí el servicio doméstico, porque realmente hasta para ser cajera te piden el secundario, por eso elegí el servicio doméstico porque ya otra salida no tenía.”*

Sin embargo, es notoria la expectativa de acceso a otro tipo de trabajo para sus hijos por medio de la educación. Para nuestras entrevistadas, los estudios significan un medio de movilidad social ascendente, ven en los estudios posibilidades de acceso a otros trabajos que impliquen mejor remuneración y mejores condiciones laborales. Al no haber podido avanzar en sus estudios surge en ellas, el interés y la necesidad de que sus hijos sí puedan hacerlo. Como nos explicó Miriam, hablando sobre sus hijas: *“ellas me dicen “pero vos mamá no estudiaste” y yo no quiero que hagan lo mismo, yo quiero lo mejor para ustedes”.* Queda claro como se identifica el estudio con una posibilidad de mejorar, tanto en las condiciones laborales, como en las condiciones de vida. María nos comentó en relación a su hijo, que ella le decía: *“Por favor terminá la secundaria, y si vos no querés estudiar más, yo no te lo pido, pero que tuviera algo por lo menos en la vida, porque sin estudios no se llega muy lejos tampoco.”*

Sin embargo, sólo una minoría de los hijos de nuestras entrevistadas ha tenido acceso a la universidad. Los gastos correspondientes a estos estudios son solventados por ellas y por los propios hijos que además de estudiar, trabajan. No obstante, son pocos los que han concluido las carreras o que continúan sus estudios en la actualidad. Tal es el caso de Teresa que nos cuenta: *“Karina que (...) fue a la facultad y... le faltaban 10 materias para recibirse... y abandono, de abogacía.”* Lo mismo ha sucedido con los hijos de María y Mónica. En menor grado, algunas entrevistadas aun tienen hijos que asisten a la universidad.

En uno de nuestros casos, la educación no solo fue considerada como un medio de movilidad social para los hijos, sino para ella misma. Para cambiar de empleo, porque el trabajo doméstico “la cansó”, Blanca nos contó: *“hice un curso de secretariado jurídico, intenté aprender informática (...) Y ahora (...), entré a la Facultad de Odontología para ser Asistente Dental.”* En este caso se busca mejores oportunidades para conseguir una movilidad intrageneracional a través de la educación.

Trayectorias laborales familiares y propias.

En todos los casos nos hemos encontrado con mujeres miembros de familias de clase trabajadora, donde los empleos desempeñados por los familiares varían entre trabajadores rurales, obreras de fábricas y también empleadas domésticas.

Las entrevistadas que han tenido madres que realizaron trabajo doméstico, fueron insertadas al mismo empleo por este capital social generado por las relaciones adquiridas por sus madres. Como nos cuenta Alicia: *“mi mamá empezó a trabajar ahí, entonces, como mi mamá nos llevaba con ella y (...) nos tenía sentados en el patio hasta que ella saliera de trabajar, yo empecé a cuidarle el nene a la señora...”*. Para insertarse en el mercado laboral, las empleadas domésticas no necesitan títulos que certifiquen estudios específicos y aptitudes, más bien precisan de contactos familiares o de otro tipo que den cuenta de buenas referencias sobre ellas, como afirma Elsa: *“la idea era que yo pudiera conseguir un trabajo rápido y como ese trabajo vos lo conseguís por contacto... entonces yo tenía un trabajo y ya podía conseguir otro”*.

En cuanto a las mujeres que tienen antecedentes familiares en el trabajo rural, pudimos ver que éstas, para buscar un trabajo seguro y estable, migran a la ciudad. En su lugar de origen hay menos oferta laboral para las mujeres, ya que los empleos disponibles son mayormente destinados a los varones. Y además, si consiguen alguno, son sólo en temporada de cosecha. Por lo tanto una salida posible para la emancipación económica es la migración a la ciudad. Como nos comenta Blanca: *“Y me vine a la ciudad a trabajar, porque allá solamente tenés trabajos temporarios. Que son de la época de la fruta (...) una mujer no tiene mucho trabajo allá en esta época. Hasta que no empieza la atada de la viña.”* Siguiendo la misma línea, Elsa nos dice que: *“como yo me quería independizar económicamente y venía a la ciudad porque como yo soy de Tupungato la idea era que yo pudiera conseguir un trabajo rápido”*.

Otro caso es el de Ana, que nos cuenta que al migrar a la ciudad consigue su primer trabajo a través de un contacto familiar: *“Yo tenía 4 añitos y nos fuimos a vivir a San Martín a una finca, mi papá era encargado de una finca. Trabajando ahí estuvimos 20 años, y después nos venimos a vivir acá (Guaymallén). Y mi papá entró a la bodega Toso, repartía vino en Las Heras. (...) yo también entré a trabajar ahí.”*

De esta manera, podemos decir que el acceso a este tipo de trabajo se hace posible a través del capital social propio de las familias de las trabajadoras domésticas, donde tienen gran peso las trayectorias laborales; más que el capital cultural adquirido.

Es necesario aclarar que dadas las condiciones de este trabajo no ha sido posible dar cuenta de la relación entre trayectorias familiares y trayectorias propias de las empleadas domésticas, ya que esto hubiera requerido mayor cantidad de entrevistas con las informantes para lograr desarrollar esta temática en su total complejidad.

Factores que contribuyen a alentar o desalentar expectativas de ascenso, desde la perspectiva de las mujeres.

Las empleadas domésticas se han visto limitadas, principalmente, por las necesidades económicas que sufren durante su vida, lo que constituye un importante desaliento a la movilidad social. Ello impide que finalicen sus estudios primarios o secundarios, y más aún estudios universitarios, viéndose empujadas a desempeñar este tipo de trabajo, que les otorga una salida inmediata a una necesidad que debe ser satisfecha de esta misma forma, consiguiendo *dinero de un modo “rápido y seguro”* (Mónica). Como expresó Alicia: *“nunca estuvimos en una buena situación, siempre estuvimos en mala situación, había veces que se comía, a veces se tomaba una taza de té, había veces que no... yo trabajo porque yo se que a mí me falta la plata y yo se que con lo que él (su marido) está sacando no llegamos”.*

A su vez esta situación de coacción económica a la que están sometidas las empleadas domésticas, es lo que las impulsa a aspirar a un poder adquisitivo mayor; como afirmó Alicia *“... de sentarte en un tarro de pintura a sentarte en una silla como la gente, yo prefería sentarme en una silla como la gente antes que un tarro de pintura”.*

Pero este deseo no lleva a un ascenso en la posición social que ocupan, sino a una sobreexplotación mayor. Es decir, llegan a trabajar más horas y a tener más de un trabajo al mismo tiempo para poder aumentar sus ingresos, y no por el contrario, a incrementar su poder adquisitivo por medio de una nueva profesión. Esta situación se ve de forma clara en el testimonio de Ana *“(...) empecé a ir a la mañana (...) Y a la tarde también trabajaba, estaba 12, 14 horas afuera. Después venía y seguía trabajando acá, entre las cosas de los chicos y costuras que agarraba... A veces voy para atrás y digo ¿cómo habré podido hacer todo eso? Parece que dios te ayudara, porque tantas horas, poco descanso”. (...) yo he trabajado en tres casas en un día. Hay algunas que planchan una horita allá otra horita acá y se recorren diez casas en un día”*

A su vez, cabe mencionar la existencia de casos en los que, cuando la situación económica se torna un poco más amena, las empleadas domésticas, cansadas de realizar este trabajo, el que se podría decir que no eligieron como medio para realizar su “vocación”, deciden dejar de desempeñar esta labor; y esta decisión tiene, resumidamente, tres salidas. En las dos primeras que mencionaremos, la disposición a no trabajar más en este tipo de empleo no dura mucho tiempo. En algunos casos, como el de Blanca, se vuelve a desempeñar en este tipo de empleo por la imposibilidad de negarse a ciertas imposiciones, algo que para nosotras tiene que ver con el carácter de oprimido que poseen las empleadas domésticas por su pertenencia a la clase trabajadora y al género femenino. Como ella misma afirma: *“(...) apenas dejé (...) mi marido me dijo (...) “te tengo un trabajo”, bueno ¡¡qué me habrá conseguido!! “No, que la señora Viviana se quedó sin la chica porque se fue a Perú, se queda sola, necesita que le des una mano... Lo quería matar. Pero como yo no puedo decir que no (...) fui (...) ahí entraba a las 8 de la mañana hasta las 2 de la tarde”.*

En otros casos, esta decisión de abandonar este tipo de trabajo, dura hasta que la situación económica se torna nuevamente apremiante y otro ingreso se convierte en indispensable para el hogar. Como afirma Mónica *“No, esa fue una opción del momento, es decir, nunca lo dejo de pensar. Porque es un trabajo que te da plata rápido, segura (...) sé que me van a pagar (...) Y es una opción rápida de tener plata”.*

Esta característica se ve reflejada también en el caso de Miriam, que cuenta haber dejado este trabajo y haberlo retomado, varias veces, según su situación económica: *“...cuando me casé no trabajaba, después cuando tuve el tercer nene empecé a trabajar otra vez, que eso fue... en el 94. Trabaje dos años y deje de trabajar y ahora acá, hace 5 años que estoy trabajando”.*

Y el tercer tipo de salida, es el menos predominante, o por lo menos lo es en nuestras informantes. Es el caso representado por Blanca quien afirma: *“Después, cuando me cansé, porque realmente me cansé de trabajar como servicio doméstico. Hice algunos cursos y entré a trabajar en un estudio contable (...) Y ahora, como bien loca que soy, entré a la Facultad de Odontología para ser Asistente Dental”*. Consideramos que este tipo de salida no tan común se hace posible por un esfuerzo individual, y no por lo existencia de verdaderas posibilidades que estén al alcance de las trabajadoras domesticas.

En casi la totalidad de los casos, el trabajo doméstico, y todo lo que este implica - sus requisitos respecto al nivel de educación, a la flexibilidad, la facilidad en el ingreso- es lo que las ha determinado en la expectativa de que sus hijos no pasen por esta misma situación, lo que testifican de forma reiterada. Como es el caso de Teresa, quien responde a una pregunta sobre la importancia que le da al estudio de sus hijas: *“Si, si, quería (que estudiaran), que el día de mañana fueran otras”*.

Es el mismo el caso de Miriam *“siempre les inculqué que ellos tienen que estudiar, que el estudio es muy importante (...) la más grande es profesora de biología, y ahora va a empezar una tecnicatura en enología. La otra terminó el secundario (...) asique ahora va a empezar a estudiar (...) Y tengo la otra de 17 años, que esa me ha dicho que este año se va a quedar en la facultad, porque está trabajando, entonces yo le digo que tiene que estudiar y me prometió que este año va a estudiar”*.

Lo que es una muestra más de que todas han tratado, a pesar de todo lo anteriormente mencionado, de garantizarles la posibilidad de estudiar a sus hijos. Lo que es reafirmado por Teresa: *“(hablando de sus hijas) la Karina que (...) fue a la facultad y... le faltaban 10 materias para recibirse... y abandono, de abogacía (...) la Mariela terminó la secundaria. Y la Sandra no terminó porque no le daba la cabeza, fue a aprender cosas que se hacen con las manos”* y luego hablando de sus nietos, que dependen económicamente de ella en gran medida *“No, a ninguno de los dos le gusta (la escuela), pero yo les digo, hasta que sean abuelitos van a ir a la escuela (Risas) Mientras esté yo viva”*

Entonces, haber “sufrido” este trabajo es lo que no sólo las impulsó a que no quisieran lo mismo para sus hijos, sino que también fue lo que les permitió, en la mayoría de los casos, garantizarles a ellos la posibilidad de realizar sus estudios. Como asegura Miriam: *“Yo a esto lo hago por ellas, siempre lo digo, no ando en la calle porque quiero, yo todo esto es para*

ayudarlas a ustedes, para que estudien... yo quiero lo mejor para ellas, porque ellas me dicen “pero vos mamá no estudiaste” y yo no quiero que hagan lo mismo, yo quiero lo mejor para ustedes”

Y en esta afirmación se trasluce una cuestión que luego vamos a notar reiteradas veces en otras informantes, los cuestionamientos que reciben las empleadas domésticas por parte de sus hijos por ver éstos una contradicción en el deseo de sus madres de que ellos estudien y el hecho de que ellas no hayan finalizado sus estudios. Lo que se repite en el testimonio de María: *“mi hijo más chico (...) tenía muchos enfrentamientos con él, me costó mucho que hiciera la secundaria. Y él una vez me dijo no sé por qué me exigís tanto si vos tampoco la hiciste”*. Lo que finalmente condujo a María a terminar la secundaria en un CENS *“por eso lo hice. Y cuando yo decidí hacer la secundaria él se puso muy contento, y él la terminó también”*.

Incluso, a partir del análisis de nuestras entrevistas deducimos que el nivel educativo, además de la nacionalidad, es un factor que también va a determinar el trato que tengan los empleadores con las trabajadoras domésticas, como afirma una de nuestras informantes, que por haber alcanzado un nivel educativo superior al de la mayoría de las empleadas domésticas, ha sido tratada de forma diferente, con respeto. Es el caso de Mónica que tiene estudios universitarios incompletos: *“La gente sabía cuál era mi nivel, entonces nunca nadie se animó a decirme algo o cuando a mi no me gustó algo yo lo dije. Siempre bien, respetuosamente, y siempre bien. Nunca me pudieron decir nada. Pero no es lo habitual, no es lo habitual (...) Ellos comen, vos servís, todo y no te dan la comida y eso donde más lo ves es con la gente de afuera. Peruanas, bolivianas, y ellas no se quejan. Ellas trabajan, trabajan, trabajan”*. En lo que concuerda con Ana, quien asegura: *“yo he sentido eso de que en el Dalvian te revisan, viene una boliviana y la van a revisar por ser boliviana, o peruana, y quizás es mucho más honesta que cualquiera de acá”*.

CONCLUSIONES

Partiendo de las estadísticas sociodemográficas y de los análisis sobre condiciones laborales podemos decir que el trabajo doméstico es un empleo altamente precarizado, siendo la rama de actividad que menor registro formal posee en la provincia. Se puede observar que quienes desarrollan esta actividad presentan determinadas características comunes. En primer lugar, se trata de un grupo altamente feminizado, esto se relaciona con que las tareas domésticas son

impuestas a las mujeres desde edades tempranas en el propio hogar. También presenta un alto porcentaje de migrantes en comparación con otros rubros, provenientes de migraciones internacionales e internas, como es el caso de nuestras entrevistadas. Además, en la mayoría de los casos estas trabajadoras poseen bajos niveles educativos, teniendo en cuenta que alrededor del 80% no ha finalizado el nivel escolar. En este marco, podemos decir que hablamos de una población altamente vulnerable.

Por otra parte, luego del análisis de las entrevistas realizadas y de los datos estadísticos, encontramos que las expectativas de movilidad social ascendente en las trabajadoras domésticas se depositan principalmente en la educación formal. Es común que vinculen su situación económica y laboral con la imposibilidad de completar sus estudios. A su vez, vuelcan las expectativas de ascenso social en sus hijos, generando las posibilidades para que finalicen sus estudios secundarios y, en la medida de lo posible, accedan a la universidad.

Respondiendo a un discurso dominante, atribuyen la discontinuidad o interrupción de los estudios formales de sus hijos a decisiones individuales, pasando por alto que, en realidad, existen factores determinantes que responden a una lógica global, a saber: un sistema educativo excluyente, insuficiente para garantizar las herramientas básicas necesarias para ingresar y permanecer en la universidad. En esta misma dirección, en el nivel secundario no existe una motivación clara y concreta, tal como la inclusión segura en el mercado laboral, que empuje a los jóvenes a finalizarlo.

Otro factor directamente vinculado con el anterior, que consideramos competente a esta situación es el hecho de que el acceso a la universidad no está incorporado en el habitus de las empleadas domésticas y de sus familias. Razón por la cual no pretenden el acceso de todos sus hijos a estudios superiores, sino al menos de aquel que demuestre interés y disposición para hacerlo.

Por último, el determinante económico es el que mayor peso tiene. La necesidad inmediata de trabajar, de generar ingresos para el hogar, impide que los jóvenes dediquen el tiempo necesario para satisfacer las exigencias propias de los estudios superiores altamente demandantes.

El hecho de que las familias de las trabajadoras domésticas no posean un capital acumulado con que sustentar los estudios universitarios de sus hijos, o en algunos casos secundarios, es lo que determina la necesidad de que todos los miembros del hogar trabajen y generen ingresos.

Teniendo en cuenta todo lo anterior podemos decir que el factor educativo no garantiza la movilidad social ascendente. Más bien, ésta responde a una estructura social que se transforma conforme a procesos globales. Sin embargo esta relación no actúa mecánicamente, sino que existen estrategias dentro de los hogares con que los agentes buscan alternativas de acción dependientes a su vez de las estructuras específicas de cada hogar; donde se hace visible la doble relación de ida y vuelta existente entre estructura y subjetividad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Contartese, D., Maceira, V., Schleser, D. (2004). Situación laboral del servicio doméstico en la Argentina. *Subsecretaría de Programación Técnica y Estudios Laborales. Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social*. 175-194. Recuperado de:

http://www.trabajo.gov.ar/downloads/biblioteca_estadisticas/toe03_06servicio-domestico.pdf

De Dios Herrero, M. (2011). El empleo doméstico ¿de madres a hijas? Un estudio de caso de dos generaciones. *Aljaba*. 15. Recuperado de: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1669-57042011000100011&script=sci_arttext

Dirección de Estadísticas e Investigaciones Económicas (DEIE). Recuperado de:

<http://www.deie.mendoza.gov.ar/>

Jiménez Tostón, G. (2001). Servicio doméstico y desigualdad. ¿Desaparición del servicio doméstico? *Revista Géneros*. 24. 72-80. Recuperado de:

http://bvirtual.ucol.mx/descargables/312_servicio_domestico.pdf

Jiménez Tostón, G. Globalización neoliberal y género: lo personal es global. (2003) *Econoticias Bolivia*. Recuperado de: <http://www.rebellion.org/hemeroteca/mujer/030520toston.htm>

Kessler, G. y Espinoza, V. (2003). Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Argentina: rupturas y algunas paradojas en el caso de Buenos Aires. *Serie Políticas Sociales, CEPAL*.

Recuperado de: <http://www.eclac.cl/publicaciones/xml/4/12504/lcl1895e-P.pdf>